

Hacia una pedagogía solidaria en una ciudad cualquiera: ¿Quién habla? ¿Quién escucha?*

Towards a solidarity pedagogy in a random city: Who Speaks?
Who Listens?

Clelia O. Rodríguez¹

Recibido: 07 de octubre de 2018 / **Aceptado:** 18 de abril de 2019

RESUMEN

Este texto invita a una reflexión en torno a las siguientes preguntas: ¿Quién habla por los indígenas? ¿Quién traza los ejes urbanos? ¿Qué nos dicen las esquinas sobre historias fabricadas? ¿Has estado en una reserva indígena? ¿Un país que protege? ¿Cómo anti-discriminarme? ¿Por dónde comenzar? ¿Por la pedagogía solidaria? ¿Aprendizaje intergeneracional?

PALABRAS CLAVE: aprendizaje, urbanización, colonialismo, violencia, desigualdad.

ABSTRACT

This text is an invitation to reflect on a series of questions: Who speaks for indigenous people? Who traces urban axis? What do corners teach us about fabricated histories? Have you been to an indigenous reserve? Is Canada a country that offers protection? How do I undo discrimination? How does one start? Is it towards a solidarity pedagogy? Intergenerational learning?

KEYWORDS: learning, urbanization, colonialism, violence, inequality.

* Una primera versión de este artículo fue presentado en el Seminario Internacional “Discriminación, Exclusión y Pobreza de los Indígenas Urbanos en Las Américas”, organizado por CLACSO, ECOSUR y CONACYT. Quintana Roo, México: 23 al 26 de agosto de 2016.

¹ Salvadoreña. PhD de la Universidad de Toronto. Contacto: clelia.rodriguez@utoronto.ca / Registro ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9812-5201>



Los indígenas y los descendientes de indígenas estamos presentes en todos los espacios del planeta. Nuestras abuelas y sus vínculos a la madre tierra nos protegen. Vamos siendo tejidos con la esencia de raíces milenarias que se nutren de un saber que se resiste a ser etiquetado con etiquetas exigidas por la sociedad y las academias. Por razones que quedan como deambulando por el universo y guiadas por sombras que alumbran un camino sin rumbos específicos o metas marcadas por exigencias capitalistas, voy a intentar hablar de los indígenas urbanos en “Canadá.” Mis dedos tiemblan hasta por el mismo hecho de haber escrito esta última frase: “voy a intentar hablar de los indígenas urbanos en Canadá.” Sí, yo, residente, lectora, educadora, madre, mujer de color, tejedora, académica, luchadora, entre muchos otros adjetivos, voy a dejarme llevar por un análisis que nace de la piel, del corazón, del sudor, de la sangre. Entonces comencemos nombrando las cosas como son: El nombre del territorio que hoy se conoce como Canadá es Turtle Island (Isla Tortuga). Un discurso que me atrevo a realizar teniendo en cuenta que lo que aquí voy a compartir, lo hago desde una posición colonizadora por disfrutar de privilegios que la academia otorga. El techo que me alberga del frío hoy está situado en territorios tradicionales, el Wendat, Nación Anishinabek, la confederación Haudenosaunee, los Mississaugas de la Primeras Naciones de New Credit y la Nación Métis. Es necesario reconocer que la tierra que sostiene mis piernas, está poblada de pueblos aborígenes y que a ello le debo un gran respeto. Para que las y los lectores me ubiquen dentro de una geografía que conozcan, esta narrativa está inspirada en lo que conocen como Toronto. Una palabra Mohawk que viene de la palabra tkaronto inspirada en aquello que puede traducirse como un lugar donde los árboles están parados sobre el agua. El Lago Ontario baña las orillas de esta ciudad donde co-habítamos con historias violentas y legados coloniales que me hacen reflexionar sobre una incógnita, ¿Quién habla por los indígenas?

Primera lección: A propósito de “Canadá”

Las referencias entorno a lo que tenga que ver con lo indígena se concretizó para mí en una clase de inglés como segunda idioma cuando la maestra nos hizo una advertencia sobre lo peligroso que eran: “Be careful when you walk around Queen and Bathurst. There are lots of drunks and criminals in that area. They are dangerous!” En palabras traducidas: “Tengan mucho cuidado cuando caminen por Queen y Bathurst. Hay muchos borrachos y criminales por esa zona. ¡Son peligrosos!” Los estudiantes que asistimos a esa lección parecíamos no entender del todo la información ya que la mayoría habíamos salido huyendo de El Salvador precisamente porque en 1932 miles de de nuestros ancestros habían sido asesinados para tomar posesión de los territorios donde vivían. Esta fue la primera vez que tuve conocimiento sobre los aborígenes de Turtle Island, un conocimiento mediatizado por una mujer descendiente de Inglaterra cuyo legado colonial había desplazado a reservas a los pobladores que ella categorizaba como borrachos y criminales en aquél cruce de las calles Queen y Bathurst. Esta intersección trazada por el poder del bolígrafo al fabricar mapas urbanos, me convoca a contemplar sobre la discriminación, la exclusión y la pobreza de los Indígenas urbanos en las Américas. Desde ese cruce se nos invita a empapar nuestro intelecto para pensar, analizar, corroborar, cuestionar y posiblemente concluir que la situación está jodida.

Queen y Bathurst se convirtió a partir de esa lección en zona prohibida. Planificar viajes al centro incluía hablar del dúo como cuando se busca rutas para evitar embotellamientos. Cualquier atajo y medida por evitarlo. Esa pintura con símbolos violentos e intento por cartografiar en mi imaginario a la población aborigen es una apuesta contemporánea por negarse así mismo toda la responsabilidad que el colonialismo hace tan bien. Mi primera caminata por esa zona de la ciudad, fue una apuesta a enfrentar el miedo que en mi juventud le tenía a mi piel como consecuencia de mis experiencias con la policía de Toronto y oficiales de inmigración que constantemente nos perseguían. Ponerme en marcha el cruce era valerme de una intuición que dibujaba en mis sueños un mapa que ya había caminado antes. Una visión de una historia enterrada que contrarrestaría el recorrido que hasta ese momento había aprendido de mi profesora de inglés. Mi memoria guardaba las descripciones de familias como la mía que llenaban las cortes de inmigración fusiladas por adjetivos peyorativos. Hay palpitaciones que se calcifican haciendo ecos como las honduras que se acumulan en el dolor del desplazado.

Esquinas encontradas

Llegar a esa esquina fue fácil. Desde entonces, una tarde fría de otoño de 1993, dejé que las semillas que acarreaba desde tierras pipiles, germinaran en el vientre de ese territorio. De modo que mi experiencia estaba ya compuesta de varias ataduras a la cartografía imperial, aquella caracterizada por apropiaciones lingüísticas, administrativas, control de cuerpos, y puntos de referencias orientadas a la imposición de un mapa inspirado por una pedagogía colonizadora. En esa esquina bibliotecaria, me topé con heridas, divisiones, y todas las fragmentaciones que convidaban a una historia borrada. Detenerse en los estantes de los vientos fríos que se alzan desde el lago Ontario, escucharlos y dejarse llevar por las páginas que a todo color desfilan en un desorden que destruye el alfabeto, revela el desplazamiento de los aborígenes de las zonas rurales a esa esquina urbana. El único capítulo que leí durante el bachillerato sobre la historia de los pueblos originarios apenas llegaba a las 12 páginas. ¿Cómo acercarse a un mosaico que quiebra con el peso centenario del olvido? “¿Has estado en una reserva?,” se cruzó en mi intento por estar presente dentro de la ausencia que experimenté esa tarde. “La reserva es aquel lugar lejano donde viven los indios canadienses,” me siguió explicando un compañero de la escuela cuando le pregunté a qué se refería la profesora de geografía. Queen y Bathurst quedaba a menos de 7 kilómetros del sótano donde mi familia y yo alquilábamos un apartamento. Ver a los aborígenes sentados en las gradas de un edificio bancario abandonado en aquella esquina no era la descripción que el texto representaba. Desde allí comenzamos mal. Con la cuestión de la representación.

En un estudio realizado por el Environics Institute for Survey Research sobre las poblaciones aborígenes en las ciudades canadienses publicado en el 2010 se propuso entender, a través de las herramientas que los archivos proveen, las vidas y las experiencias de los individuos que viven en las ciudades canadienses. Algunas de las ideas propuestas en dicho estudio oscilan entre cómo se entiende el tema de la identidad cuando éste se reduce a una identificación marcada por estructuras coloniales, en qué ámbito cabe hablar sobre los valores culturales y las aspiraciones de los pueblos indígenas. El reconocimiento de la función de las preguntas permite contextualizar a

qué responde la tardía de un estudio que considere la identidad, el valor y las aspiraciones los pueblos aborígenes. El movimiento Idle no More, la huelga de hambre de la Cacique Theresa Spencer, las manifestaciones públicas que demandan investigaciones para esclarecer los asesinatos de mujeres indígenas desaparecidas, la violencia sistemática del gobierno canadiense en contra de las personas aborígenes en todo el territorio de Turtle Island, y la ignorancia por parte de la ciudadanía de los graves abusos en contra de estos pobladores indican sucesos que reinterpretan lo que es la sociedad canadiense ante el mundo. La relación entre Canadá y el mundo es una que se contempla con una mirada de admiración y respeto. Esta relación, rebota como si fuera una pelota de hule en contra de un paredón en Queen y Bathurst. Hablar, traducir, analizar y concluir sobre estudios como el mencionado, inscriben y registran experiencias que verdaderamente no han sido reconocidas a nivel oficial y que se materializan en un instrumento donde se forjan conocimientos que siguen reproduciendo desigualdad por estar inscritas en papel. Los entrevistados, 2,614 personas de diferentes grupos, ni siquiera se consideran representados por ningún partido político en el gobierno canadiense. Y aunque muchos ciudadanos canadienses no se sienten tampoco bajo una tutela de representación por parte de políticos, los aborígenes consideran que la discriminación en contra de ellos en la ciudad es debido a las connotaciones, como las narradas por la profesora de inglés, asimiladas por el resto de los que habitan Turtle Island.

Sitios de opuestos

Mi llegada a Canadá fue marcada, como lo es el caso de otros refugiados, por la fabricación de un imaginario en relación a una historia falsa orientada a borrar sistemáticamente la existencia de los pueblos originarios. Dicha narrativa se ancla en puntos fijos heredados por un colonialismo negado y que configura una ciudad como la de Toronto. La orientación pedagógica impartida a cargo de centros, escuelas, y organismos gubernamentales para ayudar a los inmigrantes a adoptarse a la nueva vida en este país, introduce en los que recién llegamos un itinerario que ignora puntos de parada para prevenir posibilidades de encuentro con una otredad impuesta. Es como un asesinato de la vida misma antes de conocerla. Es aprender que los pueblos originarios nunca existieron aquí. Y es que a los que llegamos se nos enseña que debemos pisar la nieve sin preocuparnos que debajo del manto blanco hay tierras ancestrales que a gritos cantan historias. Aquí nos topamos con mapas que no incluyen los sitios conocidos como reservas a los cuales fueron desplazados los pueblos indígenas. Esta es una ciudad que funciona en torno a la idea de los opuestos: En esta zona se puede andar y en esta otra no. De esta manera, las arterias urbanas atrapan lienzos históricos ya que se encargan de mediatizar las voces que silencian a otras. Esta es una realidad que a mí también me ha tocado vivir. De allí que al intercambiar historias con algunas personas aborígenes que habían sido expulsados de sus territorios y enfrentar en magnitudes graves el racismo en Toronto, me permita realizar una reflexión que reproduce dolor y agonía. En ese cruce de calles, Bathurst y Queen, fue donde identifiqué el alumbramiento de un ombligo que me llevó hacia a un pensamiento que me conectaba al árbol de Ceiba de mi pueblo, sombra que albergaba las historias que mi abuelo pacientemente me contaba.

Ese parto fue doloroso. Fue como haber parido preguntas gigantescas forradas de cenizas al rojo vivo. Desde ese intercambio conjeturé que mi forma de caminar por la ciudad no sería la misma. Aprendí que yo me identificaba con esa misma criminalidad y peligrosidad porque la sociedad así también me percibía. Entre sonrisas, llantos, carcajadas y silencios, Bathurst y Queen se convirtió en un lugar donde aprendí a desviarme por los caminos, a inventar nuevos saltos, a amarrarme las cintas de los zapatos en una sincronización que nadie entendería, a crear mis propias distancias, a destruir acercamientos limitados por los semáforos y a andar dentro de una realidad que me conectaría con pasos distorsionados. Cada uno de mis dedos comenzó a marcar un discurso apremiante por escuchar a ritmo lento cada alarido compartido con los que deambulaban por Queen y Bathurst.

En Queen y Bathurst, la rutina está marcada por quejidos que se pegan a los pulmones como para cortar la respiración que se ensancha cada vez que pasa un camión de carga. El ruido sirve para susurrar el alma y recordarnos que cada transeúnte va tambaleándose entre una historia de miedo. “People fear us,” me dijo en una ocasión un tipo que se llamaba Derek, su nombre callejero. Las orejas de los transeúntes conducen dentro de un acueducto edificado por una sordera de siglos que con aullidos pasean por las escuelas residenciales donde tanto abuso padecieron los pueblos indígenas. Y al echarle un vistazo a cómo la historia de Canadá se ha propagado por el mundo, una se da cuenta que cuando aparecen los cuerpos de mujeres indígenas sin vida, sin nadie que se responsabilice, el miedo es el perfume que dejan los mirones cuando de reojo miran con miedo a los indígenas. La intrusión sensorial los nombra como los “homeless,” los que viven sin casa. Esta forma de ver los derechos de vivienda en la ciudad, comienza a ser pensada en relación a derechos de propiedad. Las estadísticas indican que el porcentaje de indígenas viviendo en las calles alcanza hasta un 90% en algunas ciudades canadienses, según las investigaciones realizadas por Caryl Patrick en *Aboriginal Homelessness in Canada: A Literature Review* (2014). Las miradas están vestidas de anonimato cuya lengua es el trauma histórico que en este país se vive. En algún momento escuché que un pueblo con memoria padece menos opresión. Aquí, en Turtle Island, la memoria apenas comienza a aparecer en el léxico escrito. Este país, lleno de pobladores de muchas partes de este planeta no caminan en comunión con esta tierra ancestral usurpada. El olvido conviene. No es una semilla orgánica que crezca en los terrenos bañados por las aguas de los ríos sagrados. Es una semilla sin origen, sin historia, la que nos alimenta y guía con un péndulo que se mueve de izquierda a derecha poniéndonos en los brazos de Morfeo. A sus anchas. Semi-despiertos vamos viviendo en relación a descripciones de textos falsos enredándonos en la confusión de un pasado borrado. La historia de Canadá es eso. Una celebración donde sus invitados se han embriagado de mentiras. La opresión padecida por los pueblos indígenas aquí ha cosechado que las esquinas de las urbes atraganten con la discriminación.

No es del todo descabellado entender que los que hemos llegado a la ciudadela nos convertimos en entes enraizadas dentro de esta jungla de concreto. A los que tenemos la piel canela, también nos deleitamos de miradas al abrir la boca y al adentrarnos en espacios que no nos corresponden por el fenotipo indígena que a gritos desafía la cristalería fina de lugares elegantes. Ya sea que me pare en el lado sureste, noreste, sur-oeste, o noroeste de Bathurst y Queen me encaja en el trauma cultural compartido con la población indígena de Turtle Island. Y me pregunto: ¿Cuándo comenzamos la hemorragia umbilical que nos enredó en los discursos alcantarillados y esas

azoteas que en vez de protegernos nos caen encima? Fuimos caracterizados como pobres de espíritu hace más de 500 años y germinamos en una multiplicidad de pobrezas socio-culturales. Y me pregunto, ¿Cómo anti-discriminarme? ¿A quién debo acudir para conseguir mi aceptación terrestre? ¿Cuáles son los trámites para apelar a desvergonzarme y visibilizar mi humanidad? ¿Hay procesos administrativos que verdaderamente reivindiquen mi historia? ¿Las articulaciones que huelo en las estaciones de metro al ver a un ratón salvarse es parte de la señal de mis antepasados? ¿Avanzo cada vez que una pregunta es acompañada por asombro a mis credenciales profesionales y una sonrisa de admiración que indica un “wow” por mi vestimenta y cara? ¿De qué forma pondremos en marcha, en este grupo de lectores y curiosos por el tema, preguntas que pongan atención a mecanismos que nos lleven a formular una agenda concreta de educación rebelde? Estoy más llena de incógnitas y preguntas que de soluciones y éstas paren en Bathurst y Queen.

¿Por dónde comenzar?

“Sos una exagerada, ahora el que no avanza es porque no quiere y los indígenas se quedan así porque quieren” es un comentario que a menudo escucho. ¿Por dónde comenzar? “Por el principio,” me contestaría mi abuelo. De regreso a la clase de inglés entonces. La maestra de inglés, que mencioné al principio, no se daba cuenta que en su clase habíamos estudiantes con historias y experiencias negadas, al igual que aquellas personas a las cuales ellas hacía referencia cuando nos advertía que les tuviéramos cuidado. Ni enterada. El currículum escolar mucho menos.

Arrastrar conocimiento colonialista es como llevar una cadena hilvanada por prohibiciones y negaciones. Un no rotundo que prohíbe seguir la fluidez del andar. Se prohíbe que existamos dejando huellas que alteren las reglas de la ciudad. Escuchar que existimos bajo las rúbricas de que no somos aceptados, implica que carecemos de una humanidad compatible. Llevamos grabados en nuestro vocabulario signos de rechazo que figuran en textos escolares. Escribir de la negación no es lo mismo que respirarla con migajas de oxígeno tóxico. El mapamundi no tiene la misma configuración para todos los humanos. El diseño del proyecto humanístico se sabe que parte de una tez blanca y basada en geografías inventadas como superiores. La tristeza profunda sepulta hasta los suspiros cuando se escucha la negación, como si uno fuera enterrado pies arribas, con las raíces expuestas a merced de sobrevivir como se pueda. Las extremidades al orden del colonialismo. Y no queda de otra. A la historia hay que enfrentarla a patadas, tejiendo hilos invisibles frente al laboratorio cultural que dicta el racismo. Este reto se traduce a las y los educadores en desenterrar los fillos que asfixian en las villas alcantarilladas, se trata de desempolvar los caos ambientales que despiertan los amaneceres con una lista de vencidos y vencedores. A la historia hay que enfrentarla chocándola así con cuernos embarrados de atardeceres cubiertas por el sonido de manantiales libres. Este trabajo nos corresponde porque a diario los que aportamos la piel del color de la tierra, nos enfrentamos con la exageración que según otros nos caracteriza. Somos guardianes de semillas y no exageramos al defenderlas. No hablemos de las ciudades como si hubieran estado allí siempre. Reconozcamos que cruces como el de Queen y Bathurst cumplen la función cartográfica de trazar y dividir.

Territorios sin mapas

La memoria, recordar dónde estamos parados, es el principal ingrediente en la receta que debemos aportar para aplicar esto del des-aprendizaje. ¿Pobres? No. ¿Desamparados? Tampoco. ¿Sometidos? Sí. Hasta el tope. Aquí, en Turtle Island, los pueblos aborígenes están encarcelados por un intento sistemático de ser borrados. Esta es una tendencia que se padece en todo el continente americano y que distorsiona nuestra cosmovisión para despegarnos (o descolonizarnos, si se prefiere el término) de los lazos que nos atan al miedo. Estamos esclavizados a estilos de vida que aniquilan cada segundo a nuestra madre tierra. Se trata, como nos recuerda Atawallpa Oviedo Freire en artículo publicado en la Web, de “terminar con el modelo que viene destruyendo la vida, y ese es la ciudad-civilización.” La ocupación corpórea es militar. Nos cubre de adornos que lentamente intentan adormecer nuestro espíritu luchador. Estamos siendo torturados y concedemos esa violación mientras transcurren los dolores que marcan silencios bombardeados por concreto. Todas estas perforaciones modernas, sin embargo, no apagan el fuego ya que en cada parte de mi cuerpo se ven trazadas las huellas de mis ancestros al pisar territorios de los pueblos originarios. Me refiero al territorio que no figura en ningún mapa. Al suelo que no pertenece a ninguna cartografía guardada en una librería europea. Hablo de la tierra misma que sostiene la reivindicación de la lucha por existir, ya sea aquí o allá.

En mi experiencia docente, arrancar la discusión con preguntas incómodas es casi un suicidio profesional. Hablar de indígenas en Toronto es defender la haraganería que, según muchos, los identifica. La identidad solidaria pertenece a aquellas que boicoteamos los procesos que nos llevan a obtener puestos permanentes. A menos que seas una figura académica que recicla ideas del pensamiento indígena y sus luchas y recibe aplausos. Y me resisto a seguir con esa tendencia. Suficiente. Es preciso situarnos y hablar y armar y luchar y recuperar y defender y sacar dientes y hacer pedagogías solidarias para y por nosotros. Hay que desafiar cánones urbanos que nos ubican bajo rúbricas cronológicas de funcionar como máquinas. De 9 a 5. Hay que despegarles el trasero a los estudiantes de los pupitres diseñados para que se queden quietos y estáticos. La movilización y los movimientos comienzan levantándonos de las sillas. Alicia Miyares, la filósofa española, nos recuerda en su ensayo “Multiculturalismo, coeducación y ciudadanía” que ser parte de una ciudadanía plena requiere participación y la oportunidad de elección. La misma noción del tiempo es destruida. Es una lucha en contra de esta imposición cultural de hacernos ver como perezosos. Es un rechazo a la invención de que tenemos que estar produciendo para poder ser aceptados como intelectuales. Esa idea del tiempo es vacía y debemos despojarnos de ella. Es una lucha diaria. Debemos recordar lo que era sin las medidas europeas. Lo que somos. Lo que podemos ser si recuperamos no solamente territorio si no que nuestras propias nociones de vivir al ritmo de una cosmovisión enraizada a trenzas milenarias. Despojarnos de la cultura es redefinir cómo navegamos los centros urbanos a los cuáles nos ha tocado desplazarlos. Me deshago de la historia de Queen y Bathurst en mis clases. Paro el tráfico. Los estudiantes miran y en cuestión de segundos grito: Este es territorio ancestral. Me dejo caer a las tumbas del silencio. Las voces me escriben con el poder del tacto las palabras que seguirán al comenzar la discusión que primicia el colonialismo canadiense. “La memoria está en nosotros. Somos memoria. Agarremos un espejo y veamos más allá del reflejo. ¿Qué vemos? ¿Quién nos mira?,” son las palabras que se resbalan de las trenzas. Y con ese zurcir les deseo que caminen al revés hasta la próxima clase.

Aprendizaje intergeneracional

Mi perspectiva histórica se centra en la espiral de la oralidad. Mi forma de sentir los susurros, parten de las enseñanzas de mis antepasados. Mi forma de imaginar aquél territorio que piso en la esquina de la prohibición en Toronto se desprende de árboles como los hilos que bailan al son de los grillos cuando los tejedores van hilvanando las hamacas. El cliente compra, adquiere, se apropia de ese textil y nunca adquirirá el significado. En esa cotidianidad yace las instancias gritonas: “No soy para tu consumo.” En la ciudad nos avergonzamos de portar vestimentas que le hacen el amor a nuestra piel canela. Este temor a la relación con el plumaje colorido de quetzales, portadores de esperanza cantautora de sueños en nuestras aldeas, no tiene más poder que el de nuestra memoria. Esa multiplicidad identitaria danza y dialoga al ser cuando se une a la tierra al caer una gota de sudor. Nada más hay que mirar el sol para recordar que así de inmenso es nuestro conocimiento. En los trenes revertimos ese miedo con orgullo. Alumbramos túneles trazados por la rivalidad a la selva. No somos ignorados. Primero se nos reconoce para ser borrados. La invisibilidad se le adelanta a la visibilidad. Antes de llegar a la ciudad ya habíamos sido reconocidos. Ya estamos registrados antes de la mudanza, del desplazamiento, de la huida. De ahí que co-existir con la furia es un acto de amor radical. Nuestros jóvenes deben ser y estar preparados, alertas, apoyados por el cantar del colibrí, el cóndor, el color de las hormigas y el susurro de las tormentas tropicales. Hay que llenar sus mochilas con poesía y prosa rebelde. Aquella metáfora sin sello que diga pasa-puerta. Anotarles en papelitos comida alegre. O convidarlos con postre con sabor a Bertolt Brecht, un manjar que en más de una ocasión sirvió para matar el hambre: “¿Qué tiempos son estos / en los que hablar de las flores es casi un delito / porque implica callar sobre tantos crímenes?”

Las directrices de nosotros los educadores debe estar enraizada en la miel de las abejas guerreras, en actividad volcánica, y listos para atacar las amenazas en contra del panal. Estar pendiente de la precariedad de los hambrientos por el consumo. La pedagogía solidaria a la que me refiero es una experiencia del adentro. Una conversación que se cría dentro de un pensamiento cíclico renaciendo en cada abrir de ojos. Es una propuesta para desmoronar concepciones que no lleven la armonía de la luna como prenda remontada en la arruga de una abuela. Toda razón occidental estorba el abanico que con sus curvas se desliza por el aire. Toda lógica del lenguaje me borra. Mi existencia rota en torno a una hélice esférica con la que me abro paso en las aulas. La misma pluma con la que escarbo las sepulturas sin insignias para ser recordadas es la misma que me apoya al desarticular las recetas intergeneracionales que van curando poquito a poquito el ambiente tóxico de currículums neoliberales. El sabor de los ingredientes no se desperdicia, como me advertía mi abuelo. Cada vapor contiene lecciones de vida que van mano a mano con el alzar de los pulmones ante la vida misma. Esas pedagogías no caben dentro libretos marcados por un orden número del uno al diez, ni por un a, b, c, ni mucho menos por introducciones y conclusiones. Son enseñanzas que ahondan el conocimiento del entorno para acercarnos a una sabiduría que no cabe dentro del tiempo lineal. “Te podés pasar la vida entera siguiendo el ritmo de las abejas, las hormigas, los caballos y las tormentas eléctricas tropicales sin entender completamente la profundidad de su bella naturaleza,” me contaba mi abuelo. Esa pedagogía es lenta en su proceso porque no se trata de alcanzar a nadie ni nada en particular. Se trata más bien de sembrar el balance al husmear por los suelos y los aires la belleza de un ciclo hambriento por paciencia.

El supuesto vacío y la supuesta desaparición de mi existencia dentro de la urbe son falsos. Es una mentira. A los creyentes de esa novela, se les acostumbra a pensarse en materia finita. Quedan a la deriva. Cada acalorada interacción en la ciudad intenta destruir nuestro espíritu. Y la experiencia de adentro está basada en la sabiduría que camina sobre las calles. No podemos olvidar que somos extensión de la naturaleza. Y el racismo es portado por un ser humano que es parte nuestro. Cada pared, cada andén, cada vitrina, cada alumbrado eléctrico invisibiliza la madre tierra. Queen y Bathurst limita. Un acabado y obra de albañilería que con sus dimensiones restringe la vida. El grosor asfixia, al igual que su rigidez. De ahí que nos solidaricemos a través de la pedagogía, mostrar con nuestras propias lenguas que somos cuerpos que existen. Rechazar todo aquél discurso que nos describa en un ordenador como rayos x. El ojo humano dicta que existimos. Los discursos colonialistas ya no pueden ser capaces de atravesarnos y seguir imprimiéndonos como lo hace la radiación. Hay que llenar y opacar esas radiografías con manchas que astillen las miradas. Los ruidos de los autos no superan el sonido del silencio sagrado que brota de nuestra voz. Hay que seguir dando alaridos en contra de las modestias falsas, de la caridad, de las políticas de lástima, de las marchas que nos lleven hacia el sentido contrario de las convicciones políticas y económicas que nos tocan la puerta cuando ya tienen la llave maestra, hay que aprender a leer textos urbanos – aquellos objetos inanimados que gritan la palabra placer.

Recuerdo que hace un par de años, en Chile, un mestizo me miró de pies a cabeza insinuando que éramos “distintos” al pedirle la llave de un apartamento que se me había alquilado bajo mi nombre. A esta forma de ver a una mujer distinta, le siguió un interrogatorio que duró más de 10 minutos. Dije “¡Basta! Voy a acusarte de racista con tus superiores.” Recordé el día que salimos a almorzar con mi abuelo a San Salvador, El Salvador. Agarrados de la mano entramos a un restaurante donde nos dijeron que ya no había comida. La mano de mi viejo tocó mi alma. Sin decir nada salimos. Esa salida me hizo recordar las repetidas conversaciones en voces bajas de transeúntes al ver mis trenzas. Lo cual me hace recordar que cada vez que abro la boca y hablo un español avanzado y correcto, los signos de interrogación me llueven empapándome de cenizas a rojo vivo. Ante esta procesión atada a la memoria, me queda la certeza de que mi cuerpo desencadena una transmisión sintonizada por los herederos del colonialismo. Hay también en esos recuerdos una melancolía por una tierra poblada por neblina que a buena mañana besa el cafecito de olla. Estos recuerdos han hecho que mi memoria tenga el color del sol. Cada paso por el pasillo que me conduce a los recuerdos me llenan de convicciones de que tengo el dolor pero también la receta de la sanación. Ante tanta represión callejera, brotan plegarias que cubren cada piedra que encuentro en mi camino. Es un grito colectivo que se da en presencia de ancestros que están arraigados a las semillas vigiladas por el meollo que nada en la boca de los volcanes. Y es que si estamos hablando de pobreza espiritual, la sociedad que nos califica a nosotros como “pobres,” sufre de una decadencia y a gritos pide ser rescatada. Estos organismos desequilibrados, invocan como imanes tejidos que curen el peor cáncer de la humanidad, el racismo.

Es preciso desenmascarar a través de la pedagogía solidaria, cada uno de los vocablos que acarreamos por el aula. Por aula no me refiero exclusivamente al espacio físico con sillas, pizarrón, yeso, etc. El aula es la tierra. La ciudad es la tierra. El campo es la tierra. Es urgente, poner en evidencia las mentiras que nos embrutecen. “No se dice así esa palabra, se pronuncia de esta otra manera,” es una condena que se huele con el olor a embotellamiento. Esa advertencia,

acto de disciplina, llamada de atención a un orden lingüístico, e intento por “curar” mi lenguaje para asimilarme a la ciudadela, no es más que un legado colonial que abre o cierra puertas. Como por arte de magia, si sigo el juego de pronunciar correctamente la palabra, soy admitida al club de la gente bien portada. Al negarme, la desigualdad comienza a tatuar mi cara. Y aquí es donde resulta importante lo de la pedagogía solidaria: Si guardo silencio ante semejante atropello me convierto en una defensora más de la Santa Inquisición. Si altero el currículum social y presento una reclamación directa, estoy enfrentando ese desequilibrio que la misma naturaleza padece. No se puede ignorar el llamado cotidiano a sembrar una pedagogía rebelde, que rete, que de alaridos, que no se deje interpretar ni un segundo más. Cada interacción resalta un compromiso que debe proyectarse con urgencia. Las críticas sin prácticas son como los cables que conducen electricidad. Alumbran espacios pero nunca pueden iluminar la consciencia del ser humano. La experiencia de vida, aquella que comienza con los buenos días al vecino hasta el saludo de las buenas noches a los seres que acompañan nuestras vidas, son puentes que conectan vida. A cada minuterero y segundero hay que arrancarles el filo que acorta nuestra existencia. Nos causan desorden. Nos interrumpen la armonía. “¿Cómo se lee el tiempo? ¿Cuándo te diste cuenta que existía? ¿De dónde surge esta idea?” – a partir de estas preguntas damos apertura a una secuela de interrogaciones que nos ubican dentro de un orden cósmico, muchas veces olvidado, guiado por el sol, las estrellas, la luna, el agua, la tierra, la montaña, el fuego, el aire, las semillas.

La tierra es nuestro hogar. La naturaleza no nos desampara. El racismo, el sexismo, el clasicismo, y la secuela de otros -ismos ponen al descubierto que conocemos a la perfección amores funerarios. Tocamos el límite de la violencia con nuestras manos abandonando cuerpos que figuran como inferiores. Las cunetas y alcantarillas en las ciudades vislumbran, por ejemplo, la mendicidad. Los espacios públicos exaltan, por un lado, el folclor indígena y es promovido con aire de orgullo. La investigadora Nira Yuval-Davis hace una propuesta clara: destruir las fronteras de la dicotomía público/privado. Es preciso, según ella, ver y actuar teniendo en cuenta la relación que existe entre sociedad, Estado, núcleos familiares, parentela, ya que son estos los que funcionan como reproductores de opresión. De allí que de éstos mismos produzcan estrategias de resistencia. Al verme retratada en las paredes, en dibujos, en fotografías, en murales, en tarjetas postales, en estudios de investigación, en títulos de conferencias, en catálogos turísticos, en folletos, y en todo lo que aguante el papel, se contrasta a la fuente de vida que se pasea por mis pulmones. Yo no soy experta en la interpretación de imágenes indígenas. La conexión de mi ombligo al de la tierra me impide ese ojo crítico para desarrollar un criterio de ese tipo. Al verlo, no obstante, no puedo dejar de compararlo como cuando un pescado recién sacado mira desahuciado el mar al sentirse clavado por la caña de pesca. Siempre he imaginado que esos últimos momentos de agonía deben ser por donde la memoria deja de ser memoria para convertirse en la nada. Esa pobreza de espíritu traza caras que son parecidas a las mías. Esas manos hacen de mi rostro un reflejo que queda congelado por la eternidad. Esas mujeres y hombres trazados con sombreritos de paja y rebozos con sabor a inclusión, excluyen. Es entonces cuando la ciudad me parece que está al revés. Me parece que dormimos cuando tenemos que estar despiertos. O que comemos cuando debemos tomar. O que debemos sonreír en vez de caminar. La ciudad entera se me transforma en un espejismo pero dentro de una jungla. Las tres luces de Bathurst y Queen reducen mi creatividad: verde, amarillo y rojo; verde amarillo y rojo; verde, amarillo y rojo...

La ciudad expone terror. Los techos gubernamentales encierran a los secuestrados. Las canchas de fútbol salpican con los gritos de los desaparecidos. Las calles pintan obras de teatro con tufo a putrefacción. Todos la permutamos. El pacto del olvido para los pueblos originarios es la tumba que día a día excavamos. Somos descendientes de un orden plástico. El mismo que intoxica al pez antes de ser pescado. Y es que esta criatura se piensa libre por los mares porque nada y ni siquiera sabe que el agua que respira es hija del petróleo. Ese mismo líquido que hace que las aves mecánicas hagan cumplir nuestros sueños. La ciudad disfraza. Es la máscara que teje las pesadillas endulzadas con panela. Somos diagnosticados con diabetes en cada esquina. Esos dobles que giran nuestros cuerpos en cada vuelta. Y es que si estuviéramos pendientes del espacio interior antes mencionado, a lo mejor los cruces nos enredaran y conectarán con aquella hoguera que una vez mantenía nuestros úteros en flor. Pero no, la ciudad nos dicta como delincuentes, mala gente, vagos, incivilizados, y todas las cosas bonitas que me tradujo mi abuelo con su mano al salir del restaurante. La humillación es el banquete predilecto en la ciudad. El aderezo que lo acompaña es preparada con una vinagreta de agresiones y golpes, especialmente si se hacen reclamos o se devuelven los platos. Y de esos moretones he visto de sobra en Turtle Island. La ciudad es el perfecto marco escenográfico para fornicar con la fachada que nos caracteriza, trenzas, pieles oscuras, atuendos “exóticos,” espaldas aptas para las cargas pesadas, amantes naturales de la ecología. Nuestra esencia es exhibida como grabaciones sin voces. Nos introducen microchips, telares cinematográficos, estamos de moda hasta en las Naciones Unidas. La ciudad es donde se anclan los sistemas que aterrorizan en el resto de los territorios. Es un hecho que allí se plasman los acuerdos para disponer lo que a nadie le pertenece. Pertener, un verbo que causa miedo y alegría a la vez. La ciudad, es una máquina que reproduce lo que es ser indígena en el siglo veintiuno. Es la maqueta por excelencia donde nos hemos vuelto calcomanías que pierde su pega para luego andar a la merced del viento. En la ciudad no se habla de esa reproducción. En la ciudad no se habla de la falta de convivencia entre el ser humano y la naturaleza. Las iniciativas se hacen ignorando la relación sagrada para la madre tierra. Ella exige respeto y es ignorada. Muchas y muchos damos por sentado esto. Pero yo siempre me pregunto y les pregunto a los estudiantes, “¿Qué es respetar?” Y el respeto aquí va con la intención de repensarlo en relación a nuestra relación con la madre naturaleza. No se puede discutir sobre desigualdad en las ciudades sin responsabilizarnos sobre el abuso a la cual también la sometemos. Si bien el sistema capitalista nos otorga un valor de acuerdo a cómo hemos sido históricamente construidos, es importante pensar y repensar el valor que nosotros le damos a la naturaleza. No se puede exigir equidad, democracia, igualdad y el respeto por los derechos humanos sin que hablemos de los desajustes de los cuales somos parte en nuestro caminar diario. La c-o-t-i-d-i-a-n-i-d-a-d. No se puede evocar la memoria de nuestros antepasados sin tener en cuenta las herramientas que utilizamos para reconstruir y modificar las actitudes racistas que enfrentamos todos los días.

La ciudad nos condena. La ciudad nos convoca a que la cambiemos. La calle nos martiriza. La calle se tuerce para ser reencaminada. Repensemos juntos aquello que nos enseña Paulo Friere en cuanto a la pedagogía del oprimido se refiere: “(...) sólo los oprimidos, liberándose, pueden liberar a los opresores²”.

² Paulo Freire, *Pedagogía del Oprimido* (México: Ed. Siglo XXI), 57.

Voces presentes

Abuelo.

Patrick, Caryl. *Aboriginal Homelessness in Canada: A Literature Review*. Toronto: Canadian Homelessness Research Network Press. 2014.

Freire, Atawallpa Oviedo. “Los extractivistas epistémicos y los francotiradores. Una crítica a Grosfoguel, Dussel y otros intelectuales.” *América Latina en movimiento*. Web.

Freire, Paulo. *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI, 2005.

Miyares, Alicia. “Multiculturalismo, coeducación y ciudadanía”. *Mujeres en Red: El Periódico Feminista*, 2008. Web.

Yuval-Davis, Nira. *The Politics of Belonging: Intersectional Contestations*. London: U of East London, 2012.